

Entrevista telefónica de Antonio de la Cova en Miami, Florida, con Jesús Yáñez Pelletier, en La Habana, Cuba, el 6 de mayo de 1997.

¿Yáñez?

¿Señor de la Cova es?

Oye, cuanto gusto hablar contigo. Hace años, años, que he estado esperando esta llamada, sabes.

Bueno, todo llega en esta vida.

Así mismo. Oyeme, antes que nada quiero darte las gracias por la grabación que me mandastes de las respuestas que me hicistes al cuestionario. Yo, la grabación esa, la pasé a máquina. Son once páginas a un solo renglón, le dí copia a Orlando y voy a ver de que forma te hago llegar eso a tí. Ahora, eso sucitó otra serie de preguntas que quería hacerte. Claro, estoy muy consciente aquí del breve tiempo que hay, y por cierto, como le expliqué a Gustavo, la obra que yo llevo haciendo hace más de veinte años, que he venido recopilando testimonios, grabándolos, pasándolas a máquina, y yo he entrevistado a más de noventa y pico de personas que tuvieron que ver directamente con los hechos. Entonces, inclusive, yo estoy consciente de todo el divisionismo que había dentro del ejército, los partidarios del comandante Morales, los partidarios de Río Chaviano, de todas esas cuestiones. Estoy tratando de hacer una labor objetiva.

Sí.

Entonces, entre algunas de las cosas aquí que quisiera preguntarte, por ejemplo, es ¿En que fecha fue que fuístes enviado como supervisor militar a la cárcel de Boniato?

La fecha exacta, exacta, yo no lo recuerdo, pero fue, los sucesos del 26 de julio me agarraron de supervisor allí, y yo llevaba de supervisor en ese momento, como desde el mes de junio, una cosa así.

Otra cosa, me dijistes que estabas allí en un dormitorio dentro de la prisión. ¿Ese dormitorio qué era, una casa, o tú vivías allí solo, o compartías con otra persona?

Yo vivía solo en ese dormitorio.

¿Y era un dormitorio, una casa?

Era un cuartico que tenían allí. Habían dos cuartos, que eran para las visitas conyugales de los reclusos. Y entonces, en uno de ellos, que era un cuarto muy bien arreglado, muy bien acondicionado, pues, era el cuarto mío.

Entonces, me dices que allí llegó un oficial y que te dijo habían asaltado el cuartel Moncada. ¿Recuerdas quien era ese oficial?

Sí, como no. Era el teniente Heredia. Teniente de la policía de la prisión.

¿No recuerdas el primer nombre?

El primer nombre de Heredia, no. Yo lo conocí como Heredia, pero no sé. Creo debe de estar en algún libro, en alguna cosa así.

Sí, exacto. Estaba viendo a ver aquí. ¿Diógenes?

El era de la policía de la prisión.

¿Era Diógenes Heredia?

Debe ser él.

¿O Feliciano Heredia?

No sé.

Aquí tengo un sargento Diógenes Heredia.

Creo que él era sargento. Sí, él era sargento.

Otra cosa. ¿Cómo a qué hora fue que él llegó allí?

El llegó a mi habitación, él me llama como a las cinco y minutos, cinco y media, una cosa así. Cinco o cinco y pico de la mañana.

Casi a la misma hora que rompe el ataque.

Me dice, él me dice eso, “Están fajados los soldados contra los soldados allí.” Me dice eso y me muestra una gorra y un fusilito calibre 22.

Otra cosa, me mencionas en la entrevista que tu esposa era la hija del general Querejeta.

En esos años era mi esposa la hija del general Querejeta.

¿Cuál es el nombre de ella?

El nombre de ella es María del Carmen Querejeta.

Entonces, después que este hombre te avisa, te montas en el jeep y vas hacia el hospital militar.

No, me monto en el yipi y salgo para el cuartelillo de Boniato. Ahí cerca de la prisión había un cuartelillo que se llamaba el cuartelillo de Boniato.

Y vas al cuartelillo de Boniato, ¿Y qué sucede allí?

Voy allí al cuartelillo de Boniato, y en el cuartelillo de Boniato busco llamar al cuartel. Trato de hablar con la gente del cuartel, pero no logro comunicarme. Entonces hay un camión que está allí parado frente al cuartelillo y me monto en el camión, o mejor dicho, le digo al camión que me siga, y me sigue el camión, y empiezo a recoger por el camino soldados y sargentos, alistados, el personal militar que vivía en el área. Con ese personal y el camión, llego al Alto de Quintero. No sé si tú conoces Santiago.

Bueno, por lo que he leído. Entonces allí es donde ves al comandante Alvarez de la Noval.

[**Miguel Alvarez Noval**] Alvarez de la Noval me lo encuentro allí y me dice, “No vayas para allá porque le están tirando a todos los militares. Te van a matar.” Yo no, pero yo tengo este camión lleno de soldados que pertenecen al regimiento y los voy a llevar para el regimiento por si hacen falta allá.

¿Te recuerdas como cuantos soldados es que llevabas contigo?

Debe haber sido, doce, catorce, quince, no sé.

Y este Alvarez de la Noval, ¿Te acuerdas del primer nombre de él?

No.

Porque no he encontrado....

Pero tiene que estar por ahí en alguno de los libros.

Sí. Tu también me hablas de un oficial, Carrillito, que dices que fue el que te reconoció.

Ese sí se llama Eladio Carrillo.

Eladio Carrillo Morales.

Eladio Carrillo Morales, ese mismo.

Está bien. Ese nombre sí lo tengo. Y entonces, me dices que a tí te disparan desde el cuartel [el hospital militar], que posiblemente fue el soldado José Agüero.

Agüero, sí, ese es el que me tiró, exactamente.

Entonces, cuando tú entras, tú vas en el jeep, y vas....

Llego hasta unos cincuenta o sesenta metros de la entrada del hospital.

Del hospital militar. Es decir, la entrada por delante que está por la posta tres.
Efectivamente.
No fuistes por la parte de atrás donde iban las ambulancias.
No, no, por la parte de delante.
Y en el jeep, ¿Tú ibas manejando el jeep?
Yo iba manejando el jeep.
¿Y en el jeep no iba nadie?
Sí, como no. En el yipi venía conmigo el civil Pedrail. Pedrail era un empleado civil de la prisión. Pedrail de apellido.
¿Pedrail?
Sí, así mismo, Pedrail, ese señor. Venía también en el yipi Heredia, el sargento Heredia. Venía también, que se montó a última hora en el yipi el sargento, era sargento o soldado, creo que era sargento, uno que le decían Checherecú.
¿Checherecú?
Sí, así mismo, Checherecú.
¿No recuerdas el nombre de él?
No sé, no recuerdo el nombre. Conocí la gente que uno conoció así con ese nombre, y ya con eso...
Sí, como "Cara de Chivo."
Efectivamente. Checherecú. Y ese señor era gordo, y pues, le costó un trabajo tremendo montar en el yipi, y por eso se produce un incidente chistoso, porque cuando nos tiran del hospital, y yo me lanzo del yipi rápidamente, soy más joven, y era más ágil también entonces, y llego al piso, ya está tirado en el piso el sargento Checherecú. Le había costado mucho trabajo montar en el yipi.
¿Y tú lo recogistes a él en el cuartelillo?
Sí, en el cuartelillo. Entonces, está tirado en el piso, y cuando yo le digo, "Eh, pero," dice, "te-te-teniente," así como que él era....
Gago.
Le costaba trabajo, medio gago, dice "Cuando suenan los tiros, hay que andar rápido."
¿Cuándo suenan los tiros hay que andar rápido?
Rápido, hay que andar rápido.
Oyeme, otras cosa, ¿El tiro ese llega a darle al jeep?
Yo no sé si le dieron al yipi o no, yo no sé. No nos dió a nosotros, no hirió a nadie. La bala estaba tirando como a cincuenta metros con una pistola y no tenía....
Pero tú escuchastes el tiro sonar.
Sí, sí, como no, los tiros sonaron. Tiró no un tiro, tiró tres tiros. Hasta que me reconocieron y entonces Carrillo grita, "No, no tiren, que es Pelletier."
¿Y dónde es que estaba Carrillo en ese momento?
Allí, en el portal del hospital.
El estaba por delante, por el portal.
Por el portal. Era el portal del hospital donde mismo estaba Agüero.
Oye, y por frente, ahí por el portal, ¿llegastes a ver a Alfonso Silva, el soldado?
No.
Porque él era de la guardia cosaca que dió el alto.

No, yo no lo ví. Yo cuando llegué al hospital, entré al hospital. Cuando entro al hospital, entonces, subo las escaleras que dan hacia la parte alta del hospital. Y en la parte alta del hospital me encuentro al comandante médico.

Tamayo.

Exacto. Comandante Edmundo Tamayo Silvera. Y me encuentro con el comandante Tamayo que tiene puesta su bata de médico y amarrada con el cordón de la bata de médico que tiene puesta, tiene metido entre el cordón y la bata un revólver, un revólver 45 del ejército.

Que interesante.

Entonces es que entro a un cuarto donde está un montón de muertos, amarrados por los tobillos con corbatas y cosas.

Eran cadáveres.

Algunos cadáveres, y entre esos cadáveres está un vivo, que es Pedro Miret.

Entonces tú encuentras a Pedro Miret dentro....

A Pedro Miret yo lo salvo. Yo le salvo la vida a Pedro Miret también.

Y él te dijo algo en ese momento, o ¿Cómo es que tú te das cuenta que él está vivo?

Yo me doy cuenta porque yo, cuando le miro las caras, tratando de reconocer a ver quienes son, le hago así, le muevo con la punta del pie mío, le muevo la mano a él, para verle la cara, porque no se le veía la cara porque él tenía la mano en una posición que no se le podía ver la cara. Y tenía un cuágulo de sangre que le cubría casi el resto del rostro. Y entonces, cuando veo ese cuágulo y ese rostro ensangrentado, le muevo con la punta del pie mío el brazo para verle la cara, pero él vuelve a recoger el brazo y lo pone, y entonces digo, “Este hombre está vivo.”

El cuágulo que él tenía era en la frente, ¿no?

Sí, el cuágulo lo tenía en la frente, en el lado creo que derecho, o izquierdo, no recuerdo ahora. Tiene la herida ahí, la herida la tiene. Se ve en las fotografías y todo, todavía. Creo que era el lado izquierdo.

Entonces, ¿Cómo a qué hora fue que llegastes frente al hospital militar?

Bueno, debe haber sido las seis de la mañana, seis y diez, seis y cuarto, una cosa así. Todavía se sentían los tiros.

Es decir, entonces, después que te tiran ahí, entras al hospital militar.

Sí.

Oye, por cierto, yo entrevisté también al médico Erik Juan Pita.

Sí.

Que estuvo allí.

Era muy jovencito entonces.

Y también entrevisté al Capitán Rolando Pérez Sainz de la Peña.

Ah, también estaba, sí.

Sí, ya falleció.

Ya falleció Sainz de la Peña.

Sí.

Muy amigo mío.

Pita todavía está vivo aquí.

Sí.

Oyeme, entonces, después que encuentras ahí a Miret, ¿qué es lo que haces?

Nada. Pido que lo curen, y entonces, entre un sargento que hay allí y otro más, lo cargan y lo suben en una camilla. Ya entonces el doctor Tamayo se lo lleva para curarlo, para suturarlo.

¿Y no te acuerdas quien era el sargento?

No, no, después supe que ese sargento se murió, porque me lo dijo alguien. Era un sargento él, blanco, canoso ya. Era sargento sanitario del hospital.

Bueno, después que estás allí, entonces, ¿Qué es lo que haces?

Ya salgo de allí y entonces voy para el cuartel.

¿Y por qué posta entras?

Entro por allí por la posta del hospital, la entrada del hospital, por donde habían entrado los asaltantes.

Por la posta tres.

Por la posta tres, allí mismo entro.

Y, ¿Ibas acompañado de alguien o fuistes solo?

Fuí con Pedrail, con Heredia y con Checherecú.

Fuistes con ellos. Y el grupo de esos doce soldados o catorce que llevastes contigo, cuando ellos llegan al frente....

Ellos ya se regaron. Cada uno fue para su unidad del regimiento. Entraron, ya ellos entraron. Porque yo se lo dije, hablé desde el hospital, yo hablé con el capitán ayudante.

Con Manuel Aguila Gil.

Sí, Manuel Aguila Gil, le digo, “Aguila, tengo aquí un montón de soldados que recogí por ahí por el camino que vine por la carretera de Boniato, y ¿qué hago con ellos?” Dice, “Mételos para acá dentro.” Entonces, meto el camión para allá y entran ellos.

Oye, por cierto, yo traté dos veces de hablar con Aguila Gil, y se niega rotundamente a hablar de lo del Moncada.

¿Sí?

Sí. En dos ocasiones.

No sé por qué.

Bueno, yo no sé, porque creo que él posteriormente colaboró con los rebeldes. Hay algo de eso ahí, ¿sabes?

No sé, no sé, no sé.

Yo primero lo llamé por....

No sé la historia de él.

Sí. Yo primero lo llamé por teléfono y él se negó a hablarme de eso. Yo dije, bueno, me le aparecí en la casa, le toqué la puerta, y le dije, “mire, yo estoy aquí,” inclusive, le enseñé el manuscrito, lo que estaba haciendo, y de nuevo rotundamente se negó a hablar conmigo. Me dijo, “Ya todo eso ha quedado en la historia. Yo de eso, no quiero ni hablar de eso.”

El, la actuación de él, fue una actuación limpia entonces en aquel momento.

Es lo que yo tengo entendido. Pero bueno....

Yo me lo encontrara, hablaría con él.

Oye, Yáñez, otra cosa. Me dices que cuando entras, que viste dentro de la barbería el cadáver de Renato Guitart.

Sí. Quiero decir, fue inconfundible para mí porque yo me dí cuenta, yo no sabía quien era, no, pero ví un cadáver que tenía una mancha en el lado de la cara, que le cubría la mitad del ojo y parte de la nariz, una mancha de esa que le llaman la mancha de luna en el campo, que le

dió la luna a la madre, una cosa de esa. Y entonces, él tenía una mancha así.

Pero a él lo viste entonces, ¿de seguro lo viste dentro de la barbería?

Seguro. Muerto allí dentro de la barbería.

Porque fíjate, yo....

Sí, yo se lo discutí eso a Ramiro Valdés, que Ramiro Valdés dice que lo mataron fuera.

Exacto.

Lo mataron dentro de la barbería.

Exacto. Mira, esa es la confusión que yo tengo, y le estaba explicando a Gustavo. Que yo he leído todas las versiones que ya se han publicado en Cuba, bueno, desde el año 53. Y entonces, inclusive, Pepe Ponce le escribió al padre de Renato y le dijo que él vió que Renato estaba fuera del cuartel cuando le disparan, y que lo matan fuera del cuartel.

Yo no sé si él, arrastrándose, entraría hasta el salón de la barbería pero, que estaba en el salón de la barbería, estaba en el salón de la barbería.

Sí. Ahora, otro problema que hay con eso también es que después el cadáver de Renato aparece fotografiado con otros cinco muertos, inclusive con “El Niño” Cala, al lado del hospital militar.

Sí, pero eso fue que empezaron a regar los cadáveres por los lugares.

Efectivamente. Yo también estoy consciente de eso. Que después del combate....

Los empezaron a regar. Eso fue que ellos después empezaron a sacar los cadáveres y a tirarlos por distintos lugares.

Efectivamente. Inclusive, a mi me dijo el sargento Luis, creo que Luis Oliva, uno de ellos me dijo de que algunos de los rebeldes inicialmente los soldados les habían quitado los uniformes y los habían dejado en calzoncillos. Y que....

Sí señor, y después los vistieron.

¿Eso es cierto?

Cierto.

Y por eso es que después, cuando vienen los peritos, por eso es que después los tiros en las camisas y en la ropa, no concuerda con los tiros en el....

Eso lo comprobé yo cuando estaban haciendo las autopsias. La autopsia sumaria que hicieron ahí en el hospital, que era una autopsia de quitarle la ropa y entonces decir, presenta tales y mas cuales heridas. En eso yo estaba allí en ese momento en el hospital, que era al atardecer, ya oscureciendo, que fuí a llevar a una madre, que me mandaron no sé quien, el gobernador, o no sé quien, para que reconociera al hijo de que estaban buscándolo, a ver si estaba entre los muertos. Y estuve allí con la señora aquella, y allí mirando las autopsias que estaba Urrutia dirigiendo aquello con otros más, el doctor Cabrales, y el doctor Prieto, estaban haciendo la....

Sí, yo tengo esos nombres. ¿Ellos estaban haciendo las autopsias?

Estaban haciendo unas autopsias sumarias.

Sí, exacto.

No era autopsia. Más bien un reconocimiento donde decían, “el cadáver número dieciocho tiene tales y mas cuales heridas.”

¿En que lugar ellos hicieron eso?

Allí a la entrada, a la entrada donde tenían los cadáveres.

¿En el hospital militar?

No, en el hospital, no, dentro del cementerio.
¿Dentro del cementerio Santa Ifigenia?
 Sí, sí, ya para enterrarlo después.
Y tu llevastes hasta el cementerio a....
 Hasta el cementerio con esa señora. Sí señor.
¿Y no te acuerdas el nombre de ella?
 Esa señora no sé quien era. Era la madre de uno, de alguien que estaba muerto, una cosa así.

Oye, por cierto, yo también localicé al teniente médico Roberto Mas Renedo, en California, pero tampoco me quiso hablar, no. Juan Pita sí me habló muy claro, y otros me han hablado, pero, mira, él no me quiso hablar. También hubo otro médico que estuvo en el hospital civil, por aquí tengo el nombre, que también se me trancó, el doctor Mauricio León Orúe.
 Ah, Mauricio León Orúe, sí.
Tampoco me quiso hablar.
 Yo lo conozco. ¿Está vivo todavía, o se murió ya?
Bueno, el estaba vivo en el año 88, en Nueva York, pegado a la frontera con el Canadá. Y no me quiso hablar.
 No sé por qué, porque él, la cuestión de él fue insignificante.
Sí, pero es que él vió lo que sucedió dentro del hospital civil.
 El hospital, sí, eso sí lo presencié él. Cogió miedo después, cogió mucho miedo. Bebé le decían.
¿Bebé?
 Bebé.
Oyeme, entonces, ¿tú sí estás seguro que ese era Renato Guitart dentro de la barbería?
 Sí, sí, seguro, seguro que lo ví, porque yo lo ví allí. Yo no lo conocía. Con un rifle 22, tenía un rifle 22, y había tirado bastante de las balas. Quizás lo hirieran, porque, mira, la idea que pasan en los combates, que la gente no se da cuenta, quizás lo hirieron, y él lo hirieron en la escalera, subió, se metió en la barbería, y empezó a disparar desde la barbería.
Sí, porque hubo la confusión que ellos creían que ahí es donde estaba el cuartel maestre, en vez de abajo.
 Efectivamente, abajo estaba el cuartel maestre, abajo de la barbería.
Sí. Oyeme, después que tú ves a Renato, ¿a dónde es que vas?
 De ahí salgo y entonces doy la vuelta, empiezo a ver cadáveres por aquí, por allá, veo como ocho o diez cadáveres ahí, que se ven en una fotografía. La entrada de la sala de justicia también había un cadáver allí. Salgo por la parte de atrás y entonces voy para el regimiento.
Subes por la parte de atrás hacia el tercer piso.
 Hasta subir a la jefatura. Y entonces ahí en la jefatura es cuando me encuentro con el teniente coronel Florentino Rosell Leyva.
Que estaba en Rancho Club, se había....
 Sí, estaba de fiesta esa noche ahí.
Que se había quedado hospedado en Rancho Club.
 En Rancho Club, y entonces me encuentro con Florentino Rosell Leyva y me encuentro con Osvaldo Socarrás y Martínez. Empezamos a preguntarle a Osvaldo Socarrás y Martínez....
Espérate, antes de ir a eso, porque me dices anteriormente que llamastes primero a

Ramón Hermida.

Sí, después, después.

Por cierto, cuando subistes a la jefatura, ¿allí estaba, todavía había llegado o no, Chaviano?

No, Chaviano no había llegado todavía. A Chaviano yo lo ví después que regresé con Socarrás de Siboney.

Sí. Y entonces ahí es que tú ves que Rosell está interrogando a Socarrás.

Rosell y yo nos ponemos a hablar con este muchacho, con Osvaldo Socarrás y Martínez. Estando hablando nosotros con Osvaldo Socarrás y Martínez, es que entra Chaumont por una puerta del despacho donde estamos nosotros hablando, y nos pide el prisionero. Y entonces le digo que a ese prisionero lo ha visto la gente, vivo, que fue conmigo a Siboney, que nos ha dado mucha información, tratando de salvarle la vida, y que el prisionero es muy útil, nos ha dado mucha información. Rosell interviene en mi favor y dice lo mismo también. Y entonces, Pérez-Chaumont dice así: “No te pongas con sentimentalismos ahora,” dirigiéndose a mí. Entonces manda a recoger al prisionero. Y cuando recoge al prisionero, le hace seña a los que lo llevan que le corten la cabeza. Seña pasar la mano por debajo del cuello.

¿El índice por abajo del cuello?

El índice por abajo del cuello.

Sí, pero ya eso es después que ustedes regresan con él de Siboney.

Después que yo regreso con él de Siboney.

Otra cosa, cuando él....

Después es que yo llamo a Hermida. Ahí es cuando yo llamo a Hermida.

Sí, pero cuando tú lo ves allí por primera vez, la primera vez que tú vez a Socarrás, Rosell lo está interrogando, ¿no?

Sí, Rosell le está preguntando, y yo me incorporo al interrogatorio.

¿Y había alguien más durante ese interrogatorio?

No, no.

Era Rosell.

Rosell solo estaba con él allí.

¿Y tú recuerdas inicialmente que es lo que admite Socarrás?

Socarrás no admitió nada. Socarrás no admitió nada. Fue por deducción, que tanto Rosell como yo, pensamos que tenía que ser la carretera de Siboney. Porque cuando él empieza a hablarnos, a decirnos de que no sabía, que él no era de Santiago, es verdad.

Pero, ¿él confiesa que él participa en el ataque?

Sí, sí, sí, había participado en el ataque. Eso sí aceptó. Aceptó su participación en el ataque. Pero él no dice nada por no dar información ninguna. Nosotros descubrimos el lugar por pura casualidad.

¿Cómo fue eso?

Porque sí, porque yo me monto en el yipi y salgo a ver que carretera vamos a coger. Porque de acuerdo con lo que él decía, y cuando yo le pregunto, “¿Por la carretera que tú fuistes pasaste un puente de hierro grande?” Y entonces él dice, “Sí, se pasa un puente de hierro grande.” Y digo, esa es la carretera de Siboney, porque yo había estado, en días muy recientes, yo había estado por allá por la playa de Siboney, a ver la cosa de la batalla de Daiquirí y esas cosas, y la playa de Daiquirí.

Por cierto, cuando tú lo llevas en el jeep, ¿tú ibas acompañado de alguien más?

Iba con Pedrail, iba con este, con Heredia también.

¿Y el sargento este, el gordo?

El gordo Checherecú también iba. Ibamos en el yipi, y él metido allí entre nosotros. El pidió un vaso de agua y yo le dí del mismo. Yo quise tomar agua allí, y entonces dentro del refrigerador de ellos, allí en la casita esa, había una jarra con agua, y de ahí de esa agua me sirvieron a mí y tenía hielo adentro, y me echaron en el vaso unos pedazos de hielo. Y de ese vaso que yo tomé agua, yo le dí agua a Socarrás.

¿Y quién te dió a tí el vaso de agua?

Del mismo vaso mío.

Eso es en la granja Siboney.

La granjita Siboney.

Cuando ustedes llegan a la granja de Siboney, ¿qué es lo que tú vistes allí?

¿Allí en la granjita Siboney?

Sí.

Bueno, ví un reguero grande de uniformes y cosas, y ropa civil y demás. Y entonces estaba allí el teniente York.

El teniente Horacio York Botella.

Ese mismo, Horacio York Botella, que estaba allí, y entonces York me entregó a mí un maletín lleno de documentos de identificaciones y demás, con un libro, que era un libro que tenía adentro de Pablo de la Torriente Brau. El libro se llama *Pluma en ristre*, porque el famoso libro ese de Lenin, que tenía Abel, ese no lo ví yo, ni lo tuve yo en mis manos jamás.

Sí.

¿Oistes?

Y entonces, ¿a quien más vistes allí, al teniente York, había alguien más allí en aquel momento?

Sí, había un grupo de soldados con él.

Había un grupo de soldados con York.

Con York.

Y afuera, ¿vistes algún carro de los asaltantes afuera?

No, no. No había ningún carro, ni nada. Yo no me recuerdo haber visto un carro.

Y cuando ustedes llegaron allí, ¿allí no habían algunos de los rebeldes muertos o heridos?

No, tampoco habían muertos ni heridos rebeldes allí, ninguno, ninguno.

Y entonces, después que él te da a tí esta documentación....

Me da esa documentación. Yo regreso para Santiago inmediatamente con el yipi y con Socarrás. Es cuando le entrego a Socarrás, digo, cuando le llevo a Socarrás de nuevo a Rosell. Conversamos de nuevo con Socarrás. En eso llega Pérez-Chaumont, lo recogen, y entonces lo manda a matar.

Por cierto, Osvaldo....

¿Tú has interrogado a Pérez-Chaumont?

No, no, nunca pude, pero déjame decirte, interrogué a Chaviano, por teléfono, cuando él vivía en Tejas, y es uno de los tipos más mentirosos que hay. Lavastida, otro mentiroso. Claro, ellos estaban tapando....

Es lógico.

Especialmente Lavastida. A mí Lavastida me dice que cuando él entra en el hospital civil, vió muerto allí a Abel Santamaría.

Mentira.

Claro que es mentira, pero yo, desafortunadamente, yo a Lavastida lo entrevisté hace muchos años, y después no volví a hablar con él. Además, ya yo después me había dado cuenta de que él era del grupo este que tergiversó toda la cosa. Mira, el mismo Chaviano me dice a mí, yo hablando con él, le digo, bueno, “¿cuantos muertos hubo ahí de los militares?” Y él me dice, “Nosotros tuvimos cien muertos.” Yo le dije, “¿Cien?” Yo le dije, “Pero, mire, Chaviano, la prensa, yo tengo aquí el Diario de la Marina de aquella época, nada más que ponen aquí el nombre de diecinueve muertos.”

Sí, así fue.

Le digo, ¿cómo es esto? Me dice, “No, tú sabes cómo la prensa dice mentiras. Eso es mentira, allí hubo cien muertos militares.” Entonces le dije, “Bueno, si usted me puede hacer el favor de mandarme la lista que usted tiene de los militares muertos, yo quisiera poner eso en mi obra.” Pues, más nunca ni me escribió, ni me mandó nada.

Mentiroso y descarado que eran todos.

Por cierto, también entrevisté aquí a Antonio Policarpo Ochoa Ferrer, el teniente Ochoa.

Sí.

Candela también, ¿sabes?

También, ese es otro descarado.

Sí. Fíjate que a mí alguien me dijo, “Muchacho, pero ¿Ochoa te dejó entrar en su casa? porque ese no deja que nadie entre en su casa.” Y vivía con dos perros, y armado.

Temeroso.

También se murió Rico Boué.

¿Rico Boué se murió ya?

Sí. Oye, le dió un stroke, porque estaba todo jodido y tenía que caminar con andador y todo.

Dime tú. Pagaron, pagaron, pagaron lo que hicieron.

Sí. Cuando yo lo ví, estaba casi ciego, andaba con andador, y se había dejado una barba largísima. Tenía una barba gris largísima. Estaba hecho leña. Y yo le pregunté, le dije, “A usted lo han acusado,” y le traje, inclusive le llevé el libro que escribió el francés [Robert Merle] sobre lo del Moncada, y le dije, “Mire, aquí este, aquí lo acusan a usted de haber matado a los presos. ¿Esto es cierto o no?” Y él me dijo, “Lo hecho, ya está hecho, y yo no tengo comentarios que hacer al respecto.” Es decir, no me lo negó tampoco.

Sí, ¿no?

Oyeme, otra cosa, mira, porque estoy consciente aquí, quiero apresurar el tiempo. Mira, Osvaldo Socarrás fue uno de los que fue, de los que tomó el hospital civil con Abel.

Sí, ¿no?

Sí, sí.

El fue prisionero con Abel.

Sí.

Con los que hicieron salir en la trayectoria con él.

Oswaldo Socarrás, fijate que esto, óyeme, el testimonio que tú me has dado, esto es tremendo, porque es que inclusive, desde el año 53 para acá, de lo que se ha escrito de Socarrás es muy poco. Lo único que se dice es que estuvo con Abel. Es todo. El fue del grupo de que capturan en el hospital civil, y después los llevan todos al cuartel.

Yo lo recuerdo. Lo recuerdo siempre y lo recuerdo siempre. Y hice, inclusive, una semblanza que una vez, hace años, cuando yo salí de la cárcel, me pidieron una semblanza de Oswaldo Socarrás, y escribí una cosita, una semblanza de él, de sus últimas horas. Si tengo oportunidad, te la voy a mandar.

Perfecto.

Una semblancita que yo hice de él, de las últimas horas de él. Te relato esto mismo que te dije.

Yo sé que hubo rebeldes que, efectivamente, admitieron que habían participado en el ataque, y hubo otros que no. ¿El en algún momento admitió que había participado?

Sí, él dijo que había participado y entonces lo que no sabía, de dónde había salido, ni nada.

Que no sabía de dónde.

Había sido por pura casualidad, descubrimos que había salido de Siboney. Caminando por la carretera llegamos y vimos la granjita de Siboney y vimos los soldados allí y entonces paramos allí.

Bueno, ahora llegamos aquí a otro personaje. En el momento que ustedes llegaron allí, ¿no vieron allí al teniente Angel Machado Rofe?

A Machado Rofe, no.

Machado Rofe también fue allí a la granjita, inclusive, sale fotografiado en una de las “Bohemia,” apuntando hacia el pozo.

No. Machado puede haber ido después, porque como él es ayudante de Chaviano, y él andaba con Chaviano siempre y demás. Entonces, estuvo después también en el, allí él fue el que me dió la orden de matar a Fidel.

Sí, bueno, ahorita vamos a eso. Entonces, ¿tú recuerdas, más o menos, como a que hora regresastes al cuartel?

Ya eran como las nueve y media, diez de la mañana, cuando regresé al cuartel. Ya estaba el sol, ya picaba el sol.

Entonces, aquí me dijistes en la entrevista que posteriormente viste el cadáver de Socarrás.

Sí, después lo ví.

¿Dónde fue que lo viste?

Lo ví cerca de donde estaban las oficinas del SIM, del servicio de inteligencia, lo veo allí tirado en el piso, con la cabeza volada.

Con la cabeza volada.

Parecía un poco seco. El tenía mucho pelo, tenía mucho pelo, un pelo muy rizado, ¿entiendes? y la cabeza volada así, se veía el hueco así seco, del sol. Al mediodía fue que yo ví el cadáver de él. Empecé a mirar los cadáveres donde estaban.

Es decir, tú la última vez tú lo regresas al cuartel a las nueve y media, y ya al mediodía ves el cadáver de él.

Es que lo veo el cadáver de él.

Que también concuerda con la tesis mía de que a muchos de estos presos los mataron allí donde se tiraba con las armas en la parte de atrás del cuartel.

Sí, sí, allí lo mataron, lo tiraron allí, lo tiraron allí, empezaron a regar cadáveres, y a regar en los lugares cadáveres, y gente que murieron en un lugar los tiraron en el otro. Gildo Fleitas lo mataron en un lugar y apareció por otro lugar. Este otro....

Pedro Marrero.

Marrero, Marrero también. Murió en un lugar y lo tiraron en el otro.

Ese lo cogió el cabo Eugenio Alcolea. Lo cogió vivo.

A Gildo lo hirieron al lado de Pedro Miret. Hablando con Pedro Miret, mataron a Gildo. Y después, eso fue, Pedro estaba en un lugar, y después Pedro lo llevaron para el hospital, y a Gildo lo arrastraron y lo llevaron para otro lugar.

Otra cosa. Los cadáveres estaban en lo que era el Club de Oficiales en la parte de atrás del cuartel.

Sí, sí, efectivamente.

¿Y en que piso era, porque eso tenía tres pisos?

Yo cuando estuve en Santiago de Cuba después, hace años, hace como veinte años, yo estuve en el cuartel Moncada y recorrí aquello, y hice el mismo recorrido que hice aquel día. Caminé por los lugares y demás, y entonces una muchacha de esas, orientadora de allí, quiso dirigirme la cosa, y le dije, “No, no, déjenme solo porque yo estoy haciéndome un recorrido de lo que yo hice el día de los hechos estos.” Entonces me dejó solo.

¿Dónde fue que viste los cadáveres, en el primer piso?

No, después que tu subes la escalinata ahí, ya después tu empiezas a ver los cadáveres ahí.

No, no, es decir, donde tú vistes los muertos en el Club de Oficiales.

Sí, eso se sale por atrás, cuando tú sales por atrás, ya tiene el mismo nivel.

Efectivamente, pero, es decir, ¿tú no los vistes dentro del Club de Oficiales?

Dentro del Club de Oficiales había gente.

¿Habían muertos?

Habían allí heridos. No, del Club de Oficiales, no, del salón de justicia y la barbería.

Sí, por el área esa del patio de concreto.

Ahí está, por el área que sale hacia atrás.

Que tiene las escaleras que baja hacia las dependencias.

Efectivamente, y uno por ahí llega hasta el SIM.

Entonces, ¿ahí fue donde tú vistes el cadáver de Socarrás?

El de Socarrás lo ví por allí, debajo de unas matas por ahí.

Debajo de las matas. Otra cosa, aquí se habla también de que el oficial Morejón fue uno de los que implicaron también en la muerte de esta gente. ¿Este no era el teniente Pedro Morejón Valdés?

Pedro Morejón, sí.

¿Este es uno de los oficiales que implican en las muertes de los presos?

Sí, sí, sí, y él, si le hubieran dado chance, hubiera acabado allí también.

Por cierto, yo también hablé con “El Mulo” González.

¿”El Mulo” González? [risa]

Murió en el año 78 [Febrero 28, 1988].

Sí, ¿no? Bueno, pues, “El Mulo,” ¿cómo se llamaba él, Eladio?

Eulalio González Amador.

Eulalio. Eulalio González. Era un infeliz. ¿Tú sabes lo que me dijo él? Que él, el único gran dolor que tenía él era que le habían perforado, que estuvieron a punto de matar la hijita. Que uno de los disparos rompió la cuna.

Y le mataron la cotorra. El le echó la culpa a Alfonso Silva.

Yo no sé a quien le echó la culpa, pero él me decía a mí, “Coño, Yáñez, por poco me matan la chiquita.”

Yo tengo la tesis que González, para mí, por lo que me has dicho tu y me ha dicho mucha otra gente, González yo no creo que participó en matar a los presos.

No, no hombre, no, mentira.

Sí. Yo creo, aunque a él le echan la culpa en “La Historia Me Absolverá,” y lo apodan “El Tigre,” y toda esa cosa.

Sí, el que le sacó los ojos a Abel y que tenía las manos ensangrentadas. “El Mulo” González no tenía valor para eso.

Efectivamente, no tenía valor para eso.

Era un infeliz.

Sí, era un infeliz. Eso mismo es lo que me han dicho otras personas. Y claro, los grandes culpables ahí eran Lavastida, Rico Boué, toda esta gente, Policarpo Ochoa Ferrer, toda esta gente. Y entonces, claro, cogen a este infeliz, le echan a él todos los muertos, y esta gente se queda callada.

Se quedan callados, por supuesto.

Sí. Oyeme, él, que trabajo, él, yo se que él trabajaba en la prisión de Boniato que era donde tenía los gallos finos. ¿Qué es lo que él hacía allí?

Nada. El no trabajaba allí.

¿No trabajaba allí?

El iba a la prisión a cuidar sus gallos, él tenía gallos allí, que los cuidaba allí.

El iba allí nada más a cuidar sus gallos.

A cuidar sus gallos. El no trabajaba en la prisión.

El falleció en el año 88. Yo lo ví semanas antes de que muriera. Oye, y cobarde. Tu sabes que a mí me dijo el teniente Camps, que una vez lo vió a él en una bodega, y él decía, “No, porque yo en Cuba, yo a lo que me dedicaba era a trabajar en un central. Yo era campesino, esto y lo otro.” Y dice Camps que él fue y lo miró y le dijo, “Oigame, yo lo conozco a usted del central Moncada.” Y que se asustó. Se asustó porque no lo reconoció. Y después lo vió y le dió un abrazo.

Era un guajiro infeliz. Yo tengo la idea que era un guajiro infeliz. El era amigo de mi suegro.

Otra cosa. Yo tengo entendido que cuando Sarría es enviado a capturar a Castro allá en la finca de Leizán, una gente me ha dicho que ya él tenía instrucciones de que no mataran a Castro.

No, Sarría no tenía instrucciones. Eso lo hizo Sarría él solo por la libre, sin pedirle permiso a nadie. Te han dado la información....

Mira, por cierto, una de las preguntas que yo le hice a Chaviano, yo le dije, “venga acá, si usted tuvo a Fidel Castro en sus manos, ¿por qué usted no lo mató?” Y Chaviano, lo que él me

contesta a mí, y lo tengo grabado, él me dijo, “¿Yo? no. A mí me llamó el general Batista y me dijo, con tu cabeza tú respondes por la vida de Fidel Castro.” Me dijo Chaviano. Ahora, como Chaviano es tan mentiroso.

No puede decir nada, pues, figúrate.

Ves, esas son las cosas, eso es lo que él me dice a mí. Me dijo que Batista lo llamó. Y por otra parte, yo sí he hablado con personas que me han dicho que Batista, en aquellos días, llamó a Río Chaviano y lo ofendió por teléfono. Que ellos escucharon una llamada donde Batista le dijo borracho y otra serie de cosas, de improperios. ¿Qué fue lo que te dijo Sarría a tí respecto a la captura de Castro?

Oyeme, Cova, ahora en este momento Gustavo está aquí, me dijo que corte.

Está bien.

Porque esta gente tiene, vaya....

Sí, sí, como no. Espérate, déjame ponerte entonces....

Vamos a dejar esta conversación y guarda todas las cartas, cosas que tú tengas.

Bueno, oye, yo te mando esto.

Sí.

Yo te lo mando y ya seguiremos en comunicación. ¿Okey?

Seguimos en comunicación.

Sí, sí como no. Oye, un millón de gracias, déjame ponerte a Georgina. ¿okey? Oye, y de veras que sí, te lo agradezco de todo corazón. La verdad que quiero hacer una cosa que quede para la historia.

Vale la pena, vale la pena.

Oye, un fuerte abrazo, Yanez.

Gracias, igualmente, te quiero.

Espérate, aquí está Georgina.